La libertad en la búsqueda de la verdad, señal de identidad del oficio universitario

Caridad Velarde
Universidad de Zaragoza, España

Quienes conocieron personalmente al Beato Josemaría nos han transmitido la imagen de un defensor apasionado, de un amante de la libertad. Esa imagen se corresponde a la perfección con que, quienes no lo hemos conocido, podemos ver reflejado en sus escritos y en su espíritu. Se trata en estas líneas de mostrar la influencia del Beato Josemaría en la actividad universitaria a la luz de lo que es un rasgo específico y característico de su vida. Ahora bien, entender lo que significa el amor a la libertad en este ámbito, exige comenzar con una reflexión más amplia acerca de su visión de la universidad.

1. Un redescubrimiento de la entraña misma de la universidad

En el terreno que nos ocupa, el mensaje del Beato Josemaría colabora a un redescubrimiento de la universidad como consecuencia de su amor, tantas veces manifestado, a la institución universitaria. Como D. Alvaro del Portillo ha puesto de manifiesto, amó la institución como es, al tiempo que la contemplaba con ojos de fe[1]. Esto último implica la adopción de la perspectiva trascendente que caracterizó toda su vida. Es importante hacer notar que esa perspectiva puede ser asumida aun en el supuesto de que la realidad objeto de observación tenga una finalidad estrictamente secular: «Sabedlo bien: hay un algo santo, divino, escondido, detrás de las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros des-

[1] Á. del Portillo, Prólogo de *Josemaría Escrivá de Balaguer y la Universidad*, Pamplona 1993: «Mons. Escrivá, al situarse ante la universidad, la acepta tal como es, con sus características tradicionales, y la contempla con ojos de fe», pp. 19-20.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

cubrir»[2]. Pero aplicado a la institución universitaria, la dimensión trascendente se hace aún más fácilmente visible al tener por finalidad la búsqueda de la verdad y su transmisión a otros.

Es importante tener en cuenta que esa dimensión trascendente no es una característica extrínseca a la realidad de que se trate sino que para encontrarla se ha de atender a lo que es propio de ella. Y la misión de la universidad (sin la cual la institución carece de sentido) es la búsqueda de la verdad que, conforme a la promesa evangélica, «os hará libres» (*Io* VIII, 32). La verdad es condición de la libertad, pero al mismo tiempo, sólo se puede buscar en libertad: se resiste a ser utilizada, y a ser impuesta. Su valor, fuera de ese ámbito, es prácticamente nulo ya que sólo la búsqueda libre de la verdad es digna del hombre, o mejor, la libertad es el único cauce adecuado para la verdad. «No comprendo la violencia: no me parece apta ni para convencer ni para vencer; el error se supera con la oración, con la gracia de Dios, con el estudio; nunca con la fuerza, siempre con la caridad»[3]. Pero son necesarios ojos de fe para entender que sólo en un clima de libertad es posible esa búsqueda de la verdad. No es el escéptico el único que aboga por la libertad, sino también aquél que está absolutamente convencido de la existencia de esa verdad. Como consecuencia de ese convencimiento, el hombre de fe no tiene miedo a la verdad y no intenta mediatizarla ni instrumentalizarla.

Respetar el modo de ser de la universidad implica también en el Beato Josemaría poner el acento en dos de sus notas más características: su autonomía y su universalidad. Si bien la autonomía podría aplicarse a ámbitos diferentes, en el que aquí nos interesa significa respeto a sus modos y a su identidad propios, algo a lo que ya hemos hecho referencia. También la universalidad es una noción compleja que, leída desde esta perspectiva de libertad, se presenta llena de matices y riqueza. La institución universitaria ha de estar abierta a todos. En primer lugar en el sentido intelectual: no se ha de tener miedo a la diferencia de opiniones sino competir en buena lid. Pero también en el sentido de la comunidad de saberes, que es una mejor forma de expresar el ideal de interdisciplinariedad sobre el que tanto se ha insistido en los últimos años: «La universidad tiene como su más alta misión el servicio de los hombres, el ser fermento de la sociedad en que vive: por eso debe investigar la verdad en todos los campos, desde la teolo-

[2] J. Escrivá de Balaguer, *Amar al mundo apasionadamente*, homilía pronunciada en el Campus de la Universidad de Navarra el 8-X-1967 y recogida en *Josemaría Escrivá de Balaguer y la Universidad*, p. 118.

[3] J. Escrivá de Balaguer, *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, Madrid 1968, 44.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

gía, ciencia de la fe, llamada a considerar verdades siempre actuales, hasta las demás ciencias del espíritu y de la naturaleza»[4].

2. Los caracteres del oficio universitario

La ascética promovida por el Beato Josemaría se caracteriza específicamente por la exigencia de un trabajo hecho, no sólo cara a Dios, sino con profesionalidad, por lo que la santificación tendrá como base las características propias del trabajo de que se trate. En el caso de los que nos dedicamos a la universidad, esto se traduce en la obligación de ser buenos universitarios, donde la bondad vendrá dada por el contenido mismo del término universitario[5]. En consecuencia, profundizar en el significado que en mi vida tienen las enseñanzas del Beato Josemaría implica profundizar en qué significa ser universitario, específicamente en el ámbito de las humanidades.

Explicaré esto último sirviéndome para ello de una precisión que le debo al ilustre romanista Alvaro D'Ors[6]. Un universitario que se mueva en el campo de las humanidades se caracteriza porque su profesión, aunque el término habitualmente utilizado hoy sea el de investigación, es, en realidad, el estudio. La diferencia entre una actividad y otra es relevante a estos efectos: en la investigación se llega a conclusiones completamente nuevas, se realizan descubrimientos, en tanto que en el estudio "sólo" se arroja luz sobre una realidad ya conocida. En el conjunto de las ciencias el estudio es posible siempre, pero sólo hay investigación en aquellas en las que se puede esperar encontrar resultados nuevos.

Lo interesante de esta distinción es que contribuye a poner de manifiesto el valor ascético que tiene el estudio y su relación con el espíritu legado por el Beato Josemaría, según el cual el material de la santificación es el trabajo, y no los resultados que se alcancen a través de él. Esta es una gran aportación a una sociedad como la nuestra marcada por la prisa, la aceleración y los resultados a corto

[4] J. Escrivá de Balaguer, *Servidores nobilísimos de la ciencia*. Discurso en la Universidad de Navarra, 7-X-67, en *Josemaría Escrivá*, cit., p. 90.

[5] El término intelectual en castellano no tiene (como sucede en otros ámbitos culturales) un significado peyorativo, no obstante, es preferible el término universitario en virtud de sus dos características esenciales desde los orígenes mismos de la institución, a saber: su apertura a la universalidad de la verdad y su misión de servicio.

[6] Precisión que por otra parte ha de ser entendida como circunscrita a los efectos de explicar esta idea ya que el término investigación tiene un uso generalizado más amplio que el que aquí se le da. No obstante, considero que así formulada, la tesis del profesor D'Ors resulta clarificadora en extremo. Por otra parte, él me hizo notar que en los escritos del Beato Josemaría, el término predominante es precisamente el de "estudio" mientras que el de "investigación" rara vez aparece.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

plazo en función de los cuales discrimina. Para muchos de nosotros esto ha sido un descubrimiento que nos ha ayudado a huir de la trampa de entender el mundo universitario como una carrera de obstáculos en la que en ocasiones se hace difícil mantener la serenidad y la independencia necesarias para un estudio en profundidad, lo que constituye una dimensión, y no poco importante, de la libertad de la que venimos hablando.

Y la forma más sublime de estudio, al tiempo que su estímulo, es la enseñanza. Por otra parte, la proyección docente del estudio facilita al profesor una conexión con la realidad que, de otro modo, podría perder. Estudiamos para saber enseñar aunque quizá sepamos mucho más de lo que enseñemos; pero en cualquier caso, esas horas de estudio son necesarias para hacer fácil y asequible a otros lo que a nosotros nos ha resultado difícil y costoso[7]. En este punto, no obstante hay que hacer notar que la universidad es el ámbito propicio en el que cada aprendiz de intelectual ha de realizar por sí mismo el descubrimiento. Esto es, la universidad constituye un marco y facilita unas armas, pero el trabajo ha de ser personal.

Partiendo de esa dicotomía entre estudio e investigación podría decirse que el oficio universitario tiene como objetivo, de un modo especial en el ámbito de las humanidades, proceder a la iluminación de verdades que siempre han estado ahí y que han de ser descubiertas por cada uno, por lo que la originalidad no constituye en sí misma un valor. No es demasiado difícil concluir de lo anterior que una de las características del oficio universitario es la humildad, que lleva a eludir metas desproporcionadas y que entiende la contemplación de la verdad como objetivo principal del estudio y manifestación de la auténtica sabiduría.

En consecuencia, el modo de afrontar el conocimiento que propone el Beato Josemaría requiere el sustrato de unas virtudes que, al mismo tiempo, fomenta. En primer lugar, como decía, la humildad en sus diferentes dimensiones, de renuncia al éxito a cualquier precio, pero también de tenacidad y constancia a pesar de fracasos más o menos reales. En el mismo sentido es preciso destacar la fortaleza, la honradez intelectual y la generosidad para compartir con otros el saber alcanzado. En la práctica de esas virtudes[8], y tantas otras, ligadas

[7] «Profesor: que te ilusione hacer comprender a los alumnos, en poco tiempo, lo que a ti te ha costado horas de estudio llegar a ver claro», (*Surco,* 229).

[8] «La universidad sabe que la necesaria objetividad científica rechaza justamente toda neutralidad ideológica, toda ambigüedad, todo conformismo, toda cobardía: el amor a la verdad compromete la vida y el trabajo entero del científico y sostiene su temple de honradez ante posibles situaciones incómodas, porque a esa rectitud comprometida no corresponde siempre una imagen favorable en la opinión pública». (J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *El compromiso de la verdad*. Discurso en la Universidad de Navarra, 9-V-74, en *Josemaría Escrivá*, cit., p. 106).

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

por el vínculo que supone la búsqueda y la transmisión de la verdad, debe centrarse el empeño del buen universitario.

3. La libertad en el estudio del universitario

En ningún caso humildad y verdad están reñidas, por lo que no debemos consentir que una humildad mal entendida nos lleve a renunciar a la búsqueda de la verdad. Durante buena parte del siglo XX, el principal problema en este punto han sido las ideologías, no sólo enemigas del hombre por constituir reduccionismos (de índole materialista fundamentalmente) sino también enemigas de la verdad puesto que en ellas la respuesta venía dada de antemano: el punto de partida condicionaba la solución. Sin embargo, no es el peligro ideológico el que acecha de modo inmediato al universitario de hoy, sino más bien el del escepticismo. En el aparente logro de una verdad convencional se cree haber encontrado un antídoto contra la intolerancia y la violencia, al tiempo que hacer primar el método sobre los contenidos hace posible la "demostración" y ofrece seguridades que permiten prescindir de modos de conocimiento mucho más arriesgados. Y aquí radica la principal misión del universitario. En la búsqueda de la verdad en un mundo académico que ya no cree en ella. El peligro es que se refugie en fórmulas desasistidas, que recurra a clichés y lugares comunes, con lo que difícilmente podría hablarse de una ctividad libre. Frente a todo esto, el profesional de la universidad no debe perder la conciencia (ni la responsabilidad) de esa búsqueda de la verdad, que ha de ser personal, y en ese sentido, original. Conciencia que, por otra parte, le inmuniza contra el escepticismo y también ¿por qué no decirlo? contra infundados aunque comprensibles complejos de inferioridad.

El campo al que me dedico es la Filosofía del Derecho, una rama del pensamiento con muchos años de tradición. Es fácil ver entre los que nos dedicamos a ella la influencia de las modas: en la elección de los temas de estudio, en el modo de resolver los problemas, y sobre todo, en la actitud que se adopta frente a ellos. La situación actual, en mi materia como en el conjunto del pensamiento, no es tanto la de un cientifismo radical, que en este momento está puesto en cuestión, cuanto la de un escepticismo en lo que se refiere a los contenidos. Incluso a lo que hasta hace muy poco tiempo era considerado como un logro de la humanidad. Poner en tela de juicio, muchas veces de un modo irresponsable, cualquier realidad (excepto las que estén avaladas por una tradición o práctica cultural) constituye la base más general de esa ya no tan nueva actitud. Pero al mismo tiempo, el peligro sigue siendo asumir una postura previa: bien la que dicta la moda (de un modo más o menos consciente) o bien su contrario. Ninguna de las dos posturas contruibuirá a esclarecer la verdad. Por el contrario, la búsqueda de la verdad

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

exige un estudio serio, que huya de dogmas presuntamente científicos, evitando formulismos o exclusiones no explicadas. Es preciso perseguir la coherencia sistemática de la investigación sin confundir la búsqueda de la verdad con la asunción de apriorismos que a veces se entienden mal. Aquí radica en último término la libertad de investigación.

Este punto de partida condiciona todo el panorama del estudio, también en lo que a la elección de los temas se refiere. No se trata de buscar la novedad, puesto que la verdad, si lo es, es de plena actualidad. Aunque una paradoja propia del mundo intelectual es que con frecuencia la discusión tiende a entablarse en torno a los temas que son menos importantes para la sociedad en ese preciso momento. O con otras palabras, se defienden con pasión posturas sobre las que hay acuerdo y que, en consecuencia, no son necesarias. El universitario ha de ser capaz, en primer lugar, de descubrir los auténticos problemas. Su misión no es entrar en un juego de discusiones dialécticas sino ayudar a cambiar la sociedad desde dentro, lo que es también un síntoma de libertad. Por eso, ha de estar donde se fabrican las ideas; o mejor, ha de estar entre los que fabrican las ideas. Además quien estudia la verdad no tiene que estar a la defensiva. No ha de adoptar una posición negativa, meramente sustentadora de dogmas. Por el contrario, estará siempre en el origen de los cambios.

Puedo poner como ejemplo la noción y el contenido de los derechos humanos, entendidos como uno de los modos de traducir en el momento actual la antigua ambición de dotar al derecho de un contenido de justicia. Es posible adoptar ante ella al menos dos posiciones. Una primera, admitir la noción sin entrar a profundizar en las dificultades de toda índole que plantean, considerándola como una verdad inamovible. La segunda estribaría en cuestionarla de un modo irresponsable; quizá por un prurito de intelectualidad en el peor sentido del término. Cualquiera de las dos posturas conduce a un tratamiento insuficiente del tema, además de que en ambos casos se parte de un prejucio (aunque en el primero se vea con mayor claridad). La primera postura no será capaz de solventar los problemas reales que científicamente plantean los derechos humanos y, en consecuencia, sólo podrá ser mantenida, pero no razonada o justificada. La segunda no constituye una manifestación auténtica de estudio; aunque la actitud crítica es un primer paso, no puede quedarse ahí. El estudioso, el investigador responsable, no agota su trabajo planteando problemas sino que ha de buscar soluciones.

Resolver un problema de calado (o arrojar luz sobre él) exige un estudio serio, abordado desde distintas perspectivas y que no se conforme con el punto de partida. Obviamente, no estoy proponiendo poner en cuestión todos nuestros conocimientos, ni prescindir de la tradición y del pensamiento de quienes nos han antecedido, lo que constituiría el mejor camino para llegar a la ignorancia

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

más radical. Pero, el universitario debe estar dispuesto a realizar cualquier descubrimiento, también el de que la postura que venía manteniendo no es la correcta.

Obviamente, esa actitud no está reñida con la ayuda que supone la fe, que para un cristiano nunca será límite sino luz: «El Señor otorgó al hombre, como prueba de su amor de predilección, el privilegio de ese chispazo de la inteligencia divina que es el entendimiento. Y es una maravilla comprobar cómo Dios ayuda a la inteligencia humana en esas investigaciones que necesariamente tienen que llevar a Dios, porque contribuyen (si son verdaderamente científicas) a acercarnos al Creador»[9].

Antes hablaba de la especial fecundidad del oficio universitario (a los hombres, como a los peces, hay que cogerlos por la cabeza, decía con frecuencia el Beato Josemaría). Y esto es así porque una tarea que se desarrolla en el núcleo mismo de la cultura tiene un enorme efecto multiplicador. Nadie debería entender este planteamiento como una instrumentalización del estudio. Se trata más bien de tener presente la dimensión apostólica de cualquier actividad humana sumada a la proyección inmensa del trabajo intelectual que llega a su punto máximo en el oficio universitario.

Esa fecundidad no depende de la capacidad por parte del profesor de utilizar medios de comunicación de masas, a través de los cuales hacerse oir (a pesar del innegable interés que ello pueda tener). Por el contrario, tiene un origen aparentemente mucho más modesto. Podría decirse que el amor a la verdad y a la libertad compromete la vida toda si es enteriza[10] y esa actitud vital del profesor se traslucirá en su relación con sus alumnos, afectando a sus vidas. Lo hará en una doble dirección: en primer lugar, al mostrarles el ideal del trabajo bien hecho, y la sana ambición de lograr una preparación científica adecuada durante los años universitarios sembrará en ellos la semilla de la honradez y la humildad intelectuales. Junto a esto, su ejemplo de generosidad les ayudará a percibir la responsabilidad que tienen hacia el conjunto de la sociedad: «La Universidad no debe formar hombres que luego consuman egoístamente los beneficios alcanzados con sus estudios, debe prepararles para una tarea de generosa ayuda al prójimo, de fraternidad cristiana»[11].

[9] J. Escrivá de Balaguer, *La Universidad ante cualquier necesidad de los hombres.* Discurso en la Universidad de Navarra, 7-X-72, en *Josemaría Escrivá*, cit., p. 98.

[10] «El divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos cristianos debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestro tiempo». (Concilio Vaticano II, Const. Apost. *Gaudium et spes*, n. 43).

[11] *Conversaciones*, 75.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

No añadiré más. Sólo confío en que estas breves reflexiones hayan contribuido (aunque sea modestamente) a mostrar la realidad en la que se está traduciendo la inspiración divina en el alma del Beato Josemaría. Su «Soñad y os quedaréis cortos» se ha demostrado cierto para los que hemos tenido la inmensa fortuna de beneficiarnos de esa inspiración.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei